

El principio de identidad

Martín Heidegger

- [13] El Principio de Identidad suena según una fórmula corriente: $A = A$. El principio vale como la ley suprema del pensar. Tratemos de seguir a este principio, por un rato, con el pensamiento. Pues nosotros queremos experimentar, a través del principio, lo que es Identidad.

Cuando el pensar, aludido por un asunto, le sigue a éste, le puede suceder que se mute sobre la marcha. Por eso es recomendable, en lo que sigue, atender más al camino y menos al contenido. Permanecer debidamente en el contenido nos lo impide ya el transcurso de la conferencia.

- [14] ¿Qué dice la fórmula $A = A$, en la que se suele exponer el Principio de Identidad? La fórmula nombra a la igualdad de A y A. Al igualar pertenecen por lo menos dos. Un A iguala a otro. ¿Quiere anunciarnos esto el Principio de Identidad? Evidentemente, no. Lo idéntico, en latín *ídem*, se dice en griego *tò autó*. Traducido a nuestro lenguaje alemán, se llama *tò autó* (das Selbe) lo mismo. Cuando alguien dice siempre lo mismo, por ejemplo: la planta es planta, se mueve en una tautología. Para que algo pueda ser mismo, basta en cada caso uno. No se requieren dos de ellos como en la igualdad.

- [15] La fórmula $A = A$ habla de igualdad. Ella nombra a A no como mismo. La fórmula corriente para el principio de identidad encubre así justamente aquello, que el principio quisiera decir: A es A, esto es, cada A es el mismo, mismo. Al circunscribir nosotros lo idéntico de este modo, resuena una vieja palabra, por medio de la cual Platón hace perceptible lo idéntico, palabra que indica hacia atrás, hacia una más vieja. Platón habla en el diálogo Sofista 254d, de *stásis* y *kínesis*, de estasis y mutación. Platón deja decir en este pasaje al extranjero: *oukoûn autôn hékaston toîn mèn duoîn héteron estin, autò d'heautô(i) taútôn*.

“Así pues, cada uno de ellos es otro, sin embargo consigo mismo el mismo es mismo”. Platón no sólo dice: *hékaston autò taútó*, “cada mismo

es mismo", sino: *hékaston heautô(i) taù-tó*, "cada mismo es mismo para sí mismo".

El dativo *heautô(i)* significa: cada algo que sea mismo es retro-ferido a sí mismo, todo mismo es mismo, esto es, para el mismo y con el mismo. La lengua alemana, igual que la griega, hace aquí el regalo de resaltar lo idéntico, indicándolo con la misma palabra, aunque esto lo hace en la urdimbre de sus diversas formas.

[16] La fórmula más adecuada para el Principio de Identidad, A es A, dice según esto no sólo: Cada A es el mismo, mismo; sino que dice más: Consigo mismo es cada mismo A, mismo. En la mismidad yace la relación del "con", esto es, una mediación, un enlace, una síntesis: la unión en una unidad. De ahí proviene que la Identidad aparezca a través de la historia del pensamiento occidental con el carácter de unidad. Pero esta unidad no es, en manera alguna, el anodino vacío de aquello que, siendo en sí sin relación, persiste manteniéndose indiferente. Sin embargo, hasta que llegó a aparecer, decidida y marcadamente, la relación de lo mismo con lo mismo como tal mediación, incluso hasta que fue encontrado un albergue para este brillar de la mediación dentro de la Identidad, necesitó el pensar occidental más de dos mil años. Pues recién la filosofía del idealismo especulativo, preparada por Leibniz y Kant, funda por medio de Fichte, Schelling y Hegel un albergue a la en sí sintética esencia de la Identidad. Este no puede ser mostrado aquí. Sólo hay que retener lo que sigue: desde la época del idealismo especulativo le está al pensar en entredicho de representarse la unidad de la Identidad como la simple indiferencia y apartar la vista de la mediación imperante en la unidad. Si sucede tal cosa, es que la Identidad ha sido representada sólo en abstracto.

Incluso en la fórmula mejorada "A es A" aparece únicamente la Identidad abstracta. Pero, ¿aparece? ¿Enuncia algo el Principio de Identidad sobre la Identidad? No, por lo menos no inmediatamente. El Principio presupone ya más bien, a qué se llama Identidad y a qué pertenece. ¿Cómo lograremos una información sobre esta presuposición?

[17] El Principio de Identidad nos la da si escuchamos cuidadosamente a su tono fundamental, si cavilamos hacia él, en vez de repetir frívolamente la fórmula "A es A". Propiamente ella suena: A es A. ¿Qué oímos notros? En este "es" dice el Principio cómo es cada ente, a saber, el mismo es consigo mismo, mismo. El Principio de Identidad habla del Ser del ente. El principio (Staz) sólo vale como principio del pensar, en tanto que es un principio (Gesetz) del ser, que dice: A cada ente en cuanto tal le pertenece la Identidad, la unidad con el mismo.

Lo que el principio de Identidad, oído en su tono fundamental enuncia, es precisamente aquello que piensa el pensar europeo-occidental en su conjunto, a saber: la unidad de la Identidad forma un rasgo fundamental en el Ser del ente. Por doquiera que dónde y cómo nosotros nos comportemos con lo ente de cualquier tipo y cualquiera sea el modo de nuestro comportamiento, siempre nos encontramos interpelados por la Identidad. Si no hablase esta interpelación nunca el ente sería capaz de aparecer en su ser. Por tanto, tampoco se daría ninguna ciencia. Porque si no le estuviera afianzada de antemano, en cada caso, la mismidad de su objeto no podría ser la ciencia lo que es. A través de esta fianza se asegura la investigación la posibilidad de su trabajo. No obstante, nunca acarrea la representación-guía de la Identidad del objeto, a las ciencias una utilidad palpable. Según esto, lo exitoso y fructífero del conocimiento científico estriba siempre sobre algo inútil. La interpelación de la Identidad del objeto *habla*, tanto si las ciencias oyen esta interpelación como si no la oyen y, tanto si ellas dejan que se lleve el viento lo oído, como si se dejan asaltar por él.

[18] La interpelación de la Identidad habla por el Ser del ente. Ahora bien, donde el ser del ente llega a palabra, mañanera y propiamente, al pensamiento occidental, esto es, en Parménides, ahí habla *tò autó*, lo idéntico en un sentido casi desmedido. Uno de los fragmentos de Parménides suena:

tò gàr autò noeîn estín te kai eínai.

“Pues lo mismo es percibir (pensar) así como también ser”.

Aquí es pensado lo diverso, pensar y ser, como lo mismo. ¿Qué significa esto? Algo totalmente distinto en comparación con aquello de que nosotros, por lo demás, tenemos noticia como la doctrina de la metafísica: que la Identidad pertenece al ser. Parménides dice: El ser pertenece a una Identidad. ¿A qué se llama aquí Identidad? ¿Qué dice en el fragmento de Parménides la palabra *tò autò*, lo mismo? Parménides no nos da respuesta alguna a esta pregunta. El nos pone frente a un enigma que no debemos rehuir. Nosotros tenemos que reconocer que: en los albores del pensar habla, mucho antes de que llegue a Principio de Identidad, la Identidad misma, y por cierto que en un dicho, que dispone: pensar y ser co-pertenecen a lo mismo y desde esto mismo.

[19] Inadvertidamente ahora ya lo hemos interpretado, *tò autò*, lo mismo. Nosotros interpretamos la mismidad como co-pertenencia. Se está cerca de representar esta co-pertenencia en el sentido de la Identidad más tarde pensada y universalmente conocida. ¿Qué nos lo podría impedir? Nada menos que el Principio mismo que leemos en Parménides. Porque él dice otra cosa, a saber: Ser pertenece –junto con el pensar– a lo mismo. El ser es determinado desde una Identidad, como un rasgo de esa Identidad. Por el contrario, la Identidad pensada posteriormente en la metafísica, es representada como un rasgo en el ser. Así, pues, no podríamos determinar desde la Identidad metafísicamente representada, la Identidad que nombra Parménides.

La mismidad de pensar y ser, que habla en el fragmento de Parménides, viene de más lejos que la identidad determinada por la metafísica, desde el ser como un rasgo suyo.

La palabra guía en el fragmento de Parménides, *tò autó*, lo mismo, sigue siendo oscura. Nosotros la dejamos oscura. Pero al mismo tiempo, nos dejamos hacer una seña por el fragmento, que comienza con *tò autó*.

Pero entretanto, ya hemos fijado la mismidad de pensar y ser como la co-pertenencia de ambos. Esto fue apresurado, tal vez premioso. Tenemos

que anular lo precipitado. Podemos esto, en tanto que no tomemos a la mencionada co-pertenencia por la interpretación definitiva e incluso la única normativa, de la mismidad de pensar y ser.

[20] Si pensamos el co-pertenecer según es costumbre, entonces se determina, lo que ya indica lo subrayado de la palabra, el sentido del pertenecer desde el "co" (junto), esto es, desde su unidad. En este caso "pertenecer" significa tanto como: adjuntado y ordenado en el orden de un "co", instituido en la unidad de lo múltiple, compuesto en la unidad del sistema mediado por la mitad unificante de una síntesis normativa. La Filosofía representa esta co-pertenencia como nexus y connexio, como el en-lazamiento necesario de lo uno con lo otro.

Es así que el co-pertenecer se deja pensar también como *co-pertenecer*. Esto quiere decir: El "co" es determinado ahora desde el pertenecer. Ciertamente que aquí hay que preguntar, qué significa y cómo se determina desde él, ante todo, el "co", que le es propio. La respuesta a estas preguntas está más cerca de nosotros de lo que opinamos, pero ella no está a la mano. Basta, por ahora, con que nosotros, merced a esta indicación, nos demos cuenta de la posibilidad de no representar más el pertenecer desde la unidad del "co", sino de experimentar ese "co" desde el pertenecer. ¿Mas, no se agota la indicación a esta posibilidad en un juego palabras vacío, que simula algo, a lo cual falta todo apoyo en un estado de cosas comprobable?

[21]

Así parece, mientras no miremos más agudamente y mientras no dejemos hablar al asunto.

El pensar en un co-pertenecer, en el sentido del *co-pertenecer*, surge de la mirada a un estado de cosas que ya fue mencionado. Por cierto que, debido a su sencillez, es difícil de retener ante la mirada. Entretanto, este estado de cosas se nos acerca tan pronto como prestemos atención a lo siguiente: en la aclaración del co-pertenecer como *co-pertenecer* ya teníamos, según la señal de Parménides, en el sentido, pensar así como también ser, por tanto aquello que los hace mutuamente pertinentes en lo mismo.

[22] Si comprendemos el pensar como lo señalado del hombre, entonces nos concentramos sobre un *co-pertenecer*, que concierne a hombre y ser. Al instante nos vemos acosados por las preguntas siguientes: ¿A qué se llama ser? ¿Quién o qué es el hombre? Cualquiera ve fácilmente: Sin la respuesta suficiente a estas preguntas nos falta el suelo, sobre el cual podamos establecer algo fidedigno sobre el *co-pertenecer* de hombre y ser. Sin embargo, mientras preguntemos de este modo, quedamos retenidos en el intento de representar el “co” de hombre y ser como una co-ordinación, y establecer y aclarar ésta, ya desde el hombre o bien desde el ser. En esto, añadamos que los conceptos tradicionales de hombre y de ser constituyen los puntos de apoyo para la co-ordenación de ambos.

¿Qué pasaría si nosotros, en lugar de empeñarnos en representar a ambos sólo como una co-ordenación, para hacer una componenda de su unidad, prestásemos atención, siquiera una vez, a si está en juego en ese “co”, ante todo, un mutuo-hacer-pertinente y cómo lo está? Incluso hay la posibilidad de vislumbrar, aunque sólo desde lejos, el *co-pertenecer* de hombre y ser ya en las determinaciones tradicionales de su esencia. ¿Hasta qué punto?

El hombre es manifiestamente algo ente. En cuanto tal, él pertenece, tal como la piedra, el árbol y el águila al todo del ser. Pertenecer significa aquí todavía: ordenado en el ser. Pero lo señalado del hombre descansa en que él, como la esencia pensante, abierto al ser, está puesto ante éste, referido al ser, y así le corresponde. El hombre es propiamente esta referencia a la correspondencia, y es sólo esto. “Sólo” –esto no mienta limitación alguna, sino una desmesura. En el hombre impera un pertenecer al ser, pertenecer (Gehören) que oye (hört) al ser, porque éste es sobre-apropiado para el hombre.

[23] ¿Y el ser? Pensemos el ser según su sentido primigenio como presenciar. El ser no presencia al hombre ni incidentalmente ni excepcionalmente. Ser esencia y perdura sólo con-cirniéndole al hombre por medio de su interpelación. Porque ante todo el hombre, abierto

pare el ser, deja llegar a éste como presenciar. Tal pres-enciar necesita lo abierto de un lucimiento y de esta manera, por medio de tal necesitar, queda sobre-apropiado al esenciar humano. Esto no significa en manera alguna que ser sea puesto primero y sólo por el hombre. Por el contrario, es claro que:

Hombre y ser están mutuamente sobre-apropiados. Se pertenecen mutuamente. Desde ese mutuo pertenecerse, no considerado más de cerca, recibieron hombre y ser, ante todo, aquellas determinaciones esenciales, en las que son conceptuados meta-físicamente por la filosofía.

Este predominante *co-pertenecer* de hombre y ser lo desconoceremos tozudamente mientras representemos todo, sólo en ordenaciones y mediaciones, con o sin dialéctica. Encontramos entonces, siempre y sólo entrelazamientos, que son enlazados desde el ser o desde el hombre, y que exponen el co-pertenecer de hombre y ser como entretejimiento.

[24] No ingresamos todavía en el *co-pertenecer*. ¿Pero, cómo se llega a tal ingreso? En la manera que nos desliguemos de la postura del pensar representativo. Este desligarse, es un principio en el sentido de un salto. Él salta-de, a saber, lejos de la representación corriente del hombre como el animal rationale, que se convirtió en la Edad Moderna en sujeto para sus objetos. El salto-de, salta al mismo tiempo lejos del ser. Sin embargo, éste es interpretado desde los albores del pensar occidental como el fundamento en el que todo Ente está fundamentado en cuanto ente.

¿Hacia dónde salta el salto-de, si él salta-de el fundamento? ¿Salta en un abismo? Sí, mientras sólo representemos al salto, y por cierto que en la perspectiva del pensar metafísico. No, en cuanto nosotros saltemos y nos soltemos. ¿Hacia dónde? Hacia allí, donde ya estamos admitidos: en el pertenecer al ser. Pero el ser mismo nos pertenece; pues sólo junto a

[25] nosotros puede esenciar en cuanto ser, esto es, pres-enciar.

Así, pues, se hace necesario un salto para experimentar propiamente el *co-pertenecer* de hombre y ser. Este salto es lo súbito del ingreso sin puente en aquel pertenecer que, ante todo, tiene que donar una

respectividad de hombre y ser y, con ello, la constelación de ambos. El salto es la súbita entrada en el ámbito, desde el cual hombre y ser han alcanzado ya mutuamente desde siempre y respectivamente su esencia, pues ambos están sobre-apropiados mutuamente por una suficiencia. La entrada en el ámbito de esta super-apropiación afina y define, ante todo, a la experiencia del pensar.

Extraño salto éste que nos acarrea presumiblemente la visión de que nosotros no nos mantenemos suficientemente allí, donde propiamente estamos ya. ¿Dónde estamos? ¿En qué constelación de ser y hombre?

[26] Hoy ya no necesitamos, por lo menos así lo parece, como años atrás, de circunstanciadas indicaciones para que vislumbremos la constelación desde la cual hombre y ser se conciernen mutuamente. Basta, así se opinaría, nombrar la palabra Época Atómica, para experimentar cómo el ser nos pres-encia hoy en el mundo técnico. ¿Podemos entonces nosotros equiparar el mundo técnico con el ser? Evidentemente no y tampoco aunque nosotros representemos este mundo como el todo, en el cual están entabados energía atómica, planificación calculadora del hombre y automatización. Una indicación al mundo técnico, por muy bien que lo describiese, ¿por qué no puede traer a la mirada la constelación de ser y hombre? Porque cualquier análisis de la situación es de corto vuelo, en cuanto que el mencionado todo del mundo técnico ha sido interpretado de antemano por el hombre como artefacto suyo. Lo técnico representado en el más amplio sentido, y según sus múltiples manifestaciones, vale como el plan, que el hombre proyecta; tal plan empuja, finalmente, al hombre a que tome la decisión, de si quiere convertirse en el esclavo de su plan o si quiere seguir siendo su señor.

Por medio de esta representación del todo del mundo técnico se retrotrae todo al hombre y se logra, cuando mucho, la exigencia de una ética del mundo técnico. Prisionero en esta representación se fortalece así mismo con la opinión de que la técnica es sólo un asunto del hombre. Se hace el sordo a la interpelación del ser que habla en la esencia de la técnica.

Desliguémonos, por fin, de representarnos lo técnico sólo técnicamente, esto es, desde el hombre y sus máquinas. Atendamos a la interpelación bajo la cual está en nuestro tiempo, no sólo el hombre, sino todo ente, naturaleza o historia con respecto a su ser.

[27] ¿De qué interpelación hablamos? Todo nuestro Ser-ahí se encuentra por doquier –ya jugando, ya apremiado, bien acosado, bien empujado–, incitado a dislocarse de todo planear y calcular. ¿Qué había en esta incitación? ¿Corresponde ella sólo a un capricho del hombre hecho por el mismo? ¿O nos concierne en ello ya lo ente mismo, y ciertamente de tal manera, que él nos interpela hacia su planificabilidad y calculabilidad? Entonces estaría incluso el ser bajo la incitación de dejar que aparezca lo ente en la perspectiva de la calculabilidad. De hecho. Y no sólo esto. En la misma medida que el ser, el hombre es incitado, esto es, puesto, a poner en lugar seguro a lo ente, a él concerniente, como lo consistente de su planificar y calcular y a impulsar este encargo hacia lo imprevisible.

El nombre para la reunión del incitar, que compone mutuamente a hombre y ser de tal manera que ellos se pongan alternativamente, suena: lo dis-puesto. A algunos ha chocado el uso de esta palabra. Pero nosotros decimos en lugar de “poner” (stellen), también “colocar” (setzen), por tanto no es raro que usemos la palabra dis-posición (Ge-setz). ¿Por qué no usar entonces también dis-puesto (Ge-stell), si lo exige la mirada al estado de cosas?

Aquello, en dónde y desde dónde hombre y ser se a-vienen mutuamente en el mundo técnico, habla a la manera de lo dispuesto. En el ponerse alternativo de hombre y ser escuchamos la interpelación que determina la constelación de nuestro tiempo.

Lo dispuesto nos concierne inmediatamente por todas partes. Lo dispuesto es, caso de que nosotros podamos seguir hablando así todavía, más ente que toda energía atómica y que todo maquinismo, más ente que el ímpetu de la organización, información y automatización. Porque no topamos mas con lo que se llama lo dis-puesto en la perspectiva del representar, que nos deja pensar el ser del ente como presenciar

—lo dis-puesto ya no nos concierne más como algo presente—, por eso nos es ante todo extraño. Extraño sigue siendo lo dis-puesto ante todo, no tanto por ser algo último sino por procurarnos el mismo, ante todo, aquello que impera propiamente a través de la constelación de ser y hombre.

[29] El *co-pertenecer* de hombre y ser, en el modo de la incitación alternativa, nos trae, de manera extraña, más cerca que el hombre está reapropiado para el ser y cómo lo está, pero también, que el ser está asignado a la esencia humana. En lo dis-puesto reina un extraño reapropiar y asignar. Se trata de experimentar llanamente este apropiar donde ser y hombre están mutuamente a-propiados, experimentar, esto es, ingresar en lo que nosotros llamamos el *acontecimiento-apropiador* (Er-eignis). La palabra acontecimiento-apropiador está sacada del lenguaje ya surgido. Acontecer-apropiante (Er-eignen) se llama originariamente: er-äugen, esto es, mirar (er-blicken), llamar hacia sí con el mirar, a-propiar (an-eignen). La palabra acontecimiento-apropiador, pensada desde el aserto indicado, debe ahora hablar, en cuanto palabra-guía, al servicio del pensar. Pensada así, como palabra-guía, se deja traducir tan poco como la palabra-guía griega *lógos* y la china Tao. La palabra acontecimiento-apropiador no mienta aquí ya más eso a lo que nosotros llamamos: cualquier acontecimiento o suceso. La palabra es usada ahora como *singulare tamtum*. Lo que nombra acontece sólo en número singular, no, ni siquiera ya en un número sino únicamente. Lo que experimentamos nosotros en lo dis-puesto, en cuanto constelación de ser y hombre a través del mundo técnico moderno, es un *preludio* de aquello, que se llama acontecimiento-apropiador. Sin embargo, éste no persiste necesariamente en un preludio. Pues en el acontecimiento-apropiador interpela la posibilidad de que el simple imperar en lo dis-puesto se transmute en un acontecer-apropiador más primigenio. Tal transmutación de lo dis-puesto por el acontecimiento-apropiador y en éste, acarrearía la retro toma apropiativa, por tanto, nunca factible sólo por el hombre, del mundo técnico, sacándolo de su reinar y poniéndolo al servicio del ámbito, por medio del cual, el hombre llega más propiamente al acontecimiento-apropiador.

[30] ¿Hacia dónde ha llevado el camino? Al ingreso de nuestro pensar en aquello sencillo, que nosotros nombramos, en el estricto sentido de la palabra, el acontecimiento-apropiador. Parecería como que cayéramos ahora en el peligro de dirigir nuestro pensar demasiado despreocupadamente hacia algo general, muy apartado, mientras que a nosotros, por el contrario, con lo que nombra la palabra acontecimiento-apropiador, sólo se nos suscita inmediatamente lo más próximo de aquella cercanía, en la cual nosotros ya nos manteníamos. ¿Pues, qué podría estarnos más cercano que aquello, que se nos acerca, a lo que nosotros pertenecemos, en dónde nosotros somos pertinentes, el acontecimiento-apropiador?

El acontecimiento-apropiador es el ámbito en sí vibrante, a través del cual, hombre y ser logran mutuamente su esencia, ganan su esenciar, en tanto que pierden aquellas determinaciones que les prestó la metafísica.

Pensar el acontecimiento como acontecimiento-apropiador, significa construir junto a la construcción de este ámbito en sí vibrante. Los útiles de construcción, para esta construcción en sí vibrante, los recibe el pensar desde el lenguaje. Pues el lenguaje es la más delicada, pero también la más primigenia, de las vibraciones reticentes en la flotante construcción del acontecimiento.

[31] Llegamos ahora a una parte del camino, donde se nos impone la pregunta ciertamente torpe, pero inevitable: ¿Qué tiene que ver el acontecimiento con la Identidad? Respuesta: nada. Por el contrario, la Identidad tiene mucho que ver, si no todo, con el acontecimiento. ¿Hasta qué punto? Nosotros respondemos volviendo a caminar, en unos pocos pasos, el camino recorrido.

El acontecimiento-apropiador reapropia a hombre y ser en su esencial "co". Un primer y amenazador centelleo del acontecimiento-apropiador lo vislumbramos en lo dis-puesto. Este constituye la esencia del mundo técnico moderno. En lo dis-puesto vislumbramos un *co-pertenecer* de hombre y ser, en el cual el dejar pertenecer determina, ante todo, el modo del "co" y su unidad. La guía hacia la pregunta por un co-

pertenecer, dentro del cual el pertenecer tiene la primacía frente al “co”, nos la dejamos dar por el fragmento de Parménides: “Pues lo mismo es pensar así como también ser”. La pregunta por el sentido de este mismo, es la pregunta por la esencia de la Identidad. La doctrina de la metafísica concibe la Identidad como un rasgo fundamental del ser. Ahora se muestra: el ser pertenece con el pensar a una Identidad, cuya esencia está arraigada en aquel dejar co-pertenecer, que nosotros llamamos el acontecimiento-apropiador. La esencia de la Identidad es de la propiedad del acontecimiento-apropiador.

[32] Caso de que hubiera algo sostenible en el intento de indicar a nuestro pensar hacia el lugar de la procedencia esencial de la Identidad, ¿en qué se habría convertido entonces el título de la conferencia? El sentido del título “El Principio de Identidad” se habría transformado.

El principio se da, primeramente, en forma de un principio fundamental que presupone la Identidad como un rasgo en el ser, esto es, en el fundamento de lo ente. De este principio, en el sentido de una enunciación, salió en el camino un principio del tipo de un salto, que se desliga del ser en cuanto fundamento de lo ente y así salta en el abismo. Pero este abismo no es la vacía nada ni un oscuro caos, sino: el acontecimiento-apropiador. En el acontecimiento-apropiador vibra la esencia de aquello que, en cuanto lenguaje, habla y que, en otra ocasión, fue llamado la casa del ser. Principio de Identidad dice ahora: un salto, que reclama la esencia de la Identidad porque lo necesita, si por otra parte el *co-pertenecer* de hombre y ser debe llegar a la luz de la esencia del acontecimiento-apropiador.

En el camino se transformó el pensar del principio como una enunciación sobre la Identidad, en principio como salto a la procedencia esencial de la Identidad. Por ello él vislumbra, mirando a retropelo del presente, por sobre la situación del hombre, la constelación de ser y hombre, desde aquello que a los dos mutuamente apropia desde el acontecimiento-apropiador.

[33] Supuesto que nos aguardase, enfrentándonos, la posibilidad que lo dis-puesto, exigencia alternativa de hombre y ser en el cálculo de lo calculable, se nos suscite en cuanto acontecimiento-apropiador, que expropia a hombre y ser, ante todo en lo peculiar de éstos, entonces habría un camino abierto sobre el cual experimente primigeniamente el hombre, a lo ente, el todo del mundo técnico moderno, naturaleza e historia, sobre todo en su ser.

Mientras la reflexión, con toda la seriedad de la responsabilidad, sobre el mundo de la época atómica, sólo empuje a desarrollar la utilización pacífica de la energía atómica, pero tranquilizándose en ello como la meta por alcanzar, quedará el pensar, entonces, a medio camino. A través de esta medianía el mundo técnico es asegurado en su predominio metafísico, en adelante, y con mayor razón aún.

¿Pero, dónde se ha decidido que la naturaleza tenga que quedar para todo lo venidero como la naturaleza de la física moderna, y que la historia tenga que ser expuesta como objeto de la historiografía? Ciertamente no podemos nosotros condenar el mundo técnico actual como obra del diablo, ni podemos aniquilarlo, en caso de que él mismo no se preocupe de hacerlo.

[34] Sin embargo, menos aún podemos entregarnos a la opinión que el mundo técnico sea de tal tipo, que impida en absoluto todo salto de él. Esta opinión tiene, a saber, a lo actual (Aktuel) poseído por él como lo únicamente real. Esta opinión es, en efecto fantástica, pero no un pre-pensar, que mirase a retropelo, a lo que como suscitación de la esencia de la Identidad de hombre y ser viene hacia nosotros.

Más de dos mil años necesitó el pensar, para conceptuar propiamente una relación tan sencilla como la mediación dentro de la Identidad. ¿Podríamos *nosotros* opinar, entonces, que el ingreso pensante en la procedencia esencial de la Identidad se podría llevar a cabo en un día? Precisamente porque este ingreso reclama un salto, necesita su tiempo, el tiempo del pensar, que es distinto del tiempo de calcular, que hoy, en todas partes, tironea a nuestro pensar. La máquina pensante calcula

hoy en un segundo miles de relaciones. Ellas son a pesar de su utilidad técnica, sin esencia.

Siempre que nosotros tratemos de pensar, y de la manera cómo lo intentemos, pensamos en la holgura de la tradición. Ella impera cuando nos libera de un cavilar hacia un pre-pensar, que ya no es un planificar.

Recién cuando nos volvamos pensando a lo ya pensado, serviremos para lo que aún está por pensar.